La reina de los océanos

Luis Alberto Quintal

Capítulo 1

La reina de los océanos

por Luis Quintal (Alvier Farenheit)

Sinopsis

Kandyl, la princesa del reino de Aravorth, está a punto de contraer matrimonio con su prometido, Draven. Sin embargo, de los labios del Gran Profeta llega la noticia de que su mundo está a punto de ser destruido por las fuerzas de la oscuridad.

Faria, en el mundo de Artylain, roba el poderoso grimorio que ha estado bajo la custodia de un gran dragón y desencadena una serie de sucesos que llevarán su reino al borde de la guerra.

Y mientras ambas mujeres intentan salvar sus respectivas dimensiones, la Reina Hydra espera, en la oscuridad de su tumba, a alguien lo suficientemente loco como para traerla a la vida.

Capítulo 2

Capítulo 1: Faria y el grimorio

La oscuridad de la cueva hacía que los pasos de Faria fueran cautelosos. Su valentía estaba poniéndose a prueba y sabía que si daba marcha atrás, sólo se encontraría de cara con la humillación.

Cuando la caverna tembló un escalofrío corrió por su espalda e hizo que las piernas se le congelaran. Sin poder dar un solo paso más, la penumbra la envolvió, como una sombra que encubría entre sus fauces todo destello de luz que intentase entrar en ella. El valor de la joven guerrera retrocedió como las olas al romper con la playa. Sentía el corazón en la garganta y un nudo en el estómago le hizo estremecer.

Pero el dragón que habitaba aquella gruta no se despertó, y a Faria le pareció una criatura majestuosa y formidable. Un monstruo cuya sombra había asolado las guerras en los tiempos pasados y que, hasta esos momentos, había permanecido en sueño total.

Hizo acopio de todo su valor. Se limpió el sudor que se perlaba en su frente y continuó avanzando. La sangre le zumbaba en los oídos y su pecho latía desbocado ante la osadía de sus actos. Notó que el dragón se sacudía, como si sufriera en oscuras pesadillas y Faria pensó que no estaba dormido, que de hecho, estaba al tanto de que ella invadía su territorio y que, al darse ella la espalda, el dragón le encajaría los colmillos en la carne blanda de su cuerpo.

Maldijo a la oscuridad y pese a los efectos del miedo mágico continuó su camino. Los ollares del dragón estaban quietos, pero advirtió su calor corporal emanando de sus escamas negras. Llegó hasta la última parte del camino y sonrió cuando vio que la luz del sol brillaba en el fondo. Cuando dio un paso hacia el estrecho pasillo de piedra, Faria notó que un miedo irracional se le filtraba a través de la piel. De pronto su valor se le resbalaba de las manos como si fuera arena seca. Quería regresar y salir corriendo de la cueva. Sintió que los demonios la acechaban entre extraños siseos, como serpientes y malévolas risas como la de los arlequines.

Llevó una mano a la empuñadura de su espada y siguió avanzando hacia la luz que golpeaba en un extremo de la piedra húmeda. Cada paso era más difícil que el anterior, pero a medida que se acercaba a la claridad, el pasadizo se iba caldeando.

Lanzó una oración a los dioses y estos parecieron responderle, pues antes de que lo notara ya había llegado a la curva del pasadizo estrecho. Se dijo, mientras giraba su cuerpo para pasar con cuidado, que venir había sido una mala idea. ¿estuvo bien haberle hecho caso a ese rumor de que aquí, en esta cueva abandonada y custodiada por un dragón, estaba guardado un gran tesoro?

El techo goteaba y formaba charcos que brillaban cuando el delgado rayo del sol incidía sobre ellos y reflejaba ondulantes manchas de luz en las paredes. Faria olvidó sus dudas, pues entre esos reflejos iridiscentes halló el tesoro que esperaba: un grimorio.

Se acercó hasta él y lo levantó del suelo. Pesaba como un bloque de piedra y su portada estaba revestida de terciopelo. En el centro de la cubierta brillaba una joya azul, un zafiro, con la forma de una sirena que entonaba una melodía de silencio. Intentó abrirlo, pero un sortilegio impedía que alguien leyera su interior. La chica guardó el grimorio en su morral de cuero y volvió sobre sus pasos.

El miedo que había experimentado antes ya no estaba; era como si el grimorio le estuviera brindando energías renovadas. El dragón ¿acaso era real? De seguro sólo era una ilusión de la cueva para proteger su tesoro. Faria pasó delante de la criatura y le dio una palmada en el hocico. Avanzó, apretando el libro contra su pecho y se dirigió a la luz de la salida. En ese momento la cueva tembló y a la muchacha se le cayó el alma a los pies.

— Date la vuelta —retumbó una voz: el dragón. Faria giró sobre los talones y notó la garganta seca y la frente caliente —Ahora dime, pequeña polilla ¿siempre tomas lo que no te pertenece? —la voz del dragón era profunda y majestuosa, como un trueno.

—Pues… .

— ¿Qué pensabas hacer con mi grimorio?

El pecho le latía desbocado

—Iba a… venderlo.

El dragón entrecerró sus ojos y Faria vio maravillada sus rojas pupilas.

—Eso es extraño. ¿Por qué alguien quiera vender el grimorio cuando puede tener todas las riquezas del mundo con sólo leerlo? ¡Es inaceptable!

Pese al terror que Faria experimentaba, una luz de valentía creció en su corazón. Se dio media vuelta y comenzó a correr hacia la salida. Oyó el

rugido de muerte y la cueva comenzó a traquetear. Grandes trozos de roca caían sobre sus pasos, desdibujando la salida. Faria esquivó guijarros afilados y escombros enmohecidos. Abrazó el grimorio contra su pecho lo más fuerte que pudo y vio que el mundo se movía en cámara lenta. ¿su vida terminaría? No estaba segura. La luz del exterior llegaba como un débil rayo y entonces, con un último aliento, se arrojó hacia él y rodó por el suelo.

La tierra se sacudía y una grieta hendió el terreo. De los árboles salieron disparadas parvadas de aves y los animales corrieron al lado de las pequeñas y brillantes pixies. El bramido del dragón hizo eco en sus oídos, como el más terrible de los volcanes. Faria corrió mientras el mundo se partía a sus pies y notaba un cambio en la presión del aire, ejercida por la fuerza espiritual de la criatura. No quería mirar hacia atrás, imaginando que con sólo eso, los colmillos del monstruo la atraparían.

El camino se terminaba. Llegó hasta el acantilado y se tiró sin vacilar. Mientras caía el rugido se alejaba. Faria silbó y el trompeteo de un grifo contestó a su llamado. Sirilth, el nombre de la criatura, voló hasta su dueña y ella aterrizó sobre su lomo. La majestuosa criatura batió sus alas y se alejó hacia el horizonte, donde el sol se ocultaba tras la cordillera de Artylain.

Gil, la maestra en artes de combate de Faria esperaba en la puerta de la cabaña situada en la cima de una colina bordeada de vegetación, y forrada con un césped tan verde que parecía hecho de terciopelo. Trataba de maquinar algún buen castigo para Faria por haberse atrevido a desobedecer sus órdenes de no acercarse a esa cueva, por más descabelladas que pudieran sonar los rumores en el pueblo; pero al mismo tiempo estaba preocupada por ella. Faria era poderosa, pero su mentalidad de cría hacía las cosas más difícil de manejar para ella, que había fungido como su madre adoptiva prácticamente desde que la chica era un bebé.

Gil miró hacia el atardecer y distinguió una pequeña sombra acercándose, con el telón cobrizo del cielo detrás. Los nervios se le crisparon y esperó, ansiosa, a que el grifo aterrizara frente a la cabaña.

Cuando Faria vio el rostro enjuto de su maestra de inmediato supo la clase de castigo que le tocaría: un baño de agua tan fría que se le clavaría en la piel como agujas adiamantadas. Bajó de su grifo y mantuvo un semblante sonriente, como si ir de excursión fuera una cosa de todos los días.

— Eh regresado —dijo a Gil, que la miró de los pies a la cabeza y comprobó, con un aire austero, que no tenía herida alguna.

— ¿En dónde te has metido ahora, mocosa?

— ¡No lo vas a creer!

— ¿Qué es lo que no voy a creerme? ¿Te has dado cuenta del problema en el que pudiste haberte metido? No me gusta que salgas cuando la noche se acerca.

— ¡No fue mi culpa! —Protestó la chica, señalando con un ademan de la cabeza de su grifo —Sirilth ya no es un fuerte adulto. Está entrado en años y ya no vuela como antes.

— ¿En dónde estabas? —urgió Gil.

Faria le sonrió de oreja a oreja. Gil tenía un muy mal presentimiento. Esa sonrisa era como un presagio de que algo iba a salir endemoniadamente mal. La chica se quitó un morral de cuero que traía en su espalda y se agachó para buscar en su interior. Le pidió a su maestra que cerrase los ojos y Gil por supuesto que la ignoró.

— ¿Qué hiciste ahora, Faria? —Preguntó con pesar.

— ¡Ta tan! —Canturreó la pequeña rubia enseñándole el grimorio en las manos.

Todo un espectro de temores reptó por la columna de Gil. Sus ojos centellearon unos instantes, presas del pánico. Aunque pasaron segundos, ella creyó que había observado el libro por horas.

Faria apenas se dio cuenta de la exaltación que había provocado en su maestra. Pensaba que había muchos motivos para reír, para gritar de euforia y correr hacia la ciudad y venderlo. Sin embargo, en el rostro de la maestra no apareció un solo gesto de gratitud.

— ¡Es maravilloso! —Exclamó a en un dócil intento por contagiarle su ánimo —el rumor era real. La cueva estaba encantada y…

— ¡Déjame verlo! —Gil le quitó el grimorio y estudió la cubierta.

Deslizó sus delgados dedos por la tapa y acarició el zafiro con forma de sirena. Y mientras Faria continuaba hablando acerca de su aventura, a Gil se le cayó el alma a los pies. Dentro de ella todo había perdido el color y el miedo se aposentó en su pecho, como una mancha gris sobre el mármol.

—Es falso —dijo con voz tajante y vio que la sonrisa de Faria se apagaba.

— ¿Falso? Pero…

—No vale nada, Faria. El peligro que corriste fue en vano. Los dragones no existen; simplemente fue una ilusión del encantamiento de la cueva —antes de que la chica protestara, Gil se puso el grimorio bajo el brazo y le dio un beso en la frente a su alumna —; pero debo aplaudir tu valentía. Ahora vamos. Ya preparé la cena.

Y mientras la decaída Faria entraba a la cabaña, en la mente de Gil se maquinaban los planes necesarios para desaparecer el Grimorio de las Trece Lunas. Miró hacia el horizonte, en la misma dirección en donde se hallaba la cueva encantada.

— ¿Un dragón? —susurró, cada vez más convencida de sus palabras.

—Sí —dijo Faria que había escuchado —. Era una criatura gigante, de escamas negras. Hablaba.

— ¿Dijo algo importante? —preguntó Gil, haciendo esfuerzos para que el miedo no se le notara en la voz.

Faria negó con la cabeza y se dio cuenta que sus recuerdos eran borrosos. Gil asintió y le acarició la cabeza.

Y lejos de allí, el dragón negro lanzó un rugido feroz y emprendió el vuelo cuando el sol se ponía entre las montañas. El grimorio estaba libre y el caos pronto comenzaría.

Capítulo 3

Capítulo 2 : Recuerdos de una guerra

No era común que los dragones cuestionaran su propia existencia; pero Seralth no era una criatura como las demás. Los recuerdos de su vida pasada, casi ahogados por el olvido, regresaban a su cabeza como en cada noche de luna llena. Entre aquel océano de añoranzas y melancolía vio los rostros de sus camaradas caídos bajo la espada de los invasores; pero eran sólo recuerdos. No podían hacerle daño y él se rió de ellos.

Los volcanes, para dragones como él, eran nichos cálidos para dormir. Seralth se planteó si podría buscar una nueva cueva como la que había destruido en su afán por sacar a Faria rápidamente antes de que él se arrepintiera de lo que había hecho.

En sus ojos, que ardían como los rescoldos de una fogata, se quedó la imagen de Faria con el grimorio en sus manos. Y tuvo una visión. Se sintió como si al fin saliera de un río de alquitrán y emprendiera el vuelo. Esa mujer, ese risible intento de guerrera tenía algo que a Seralth le gustaba. Había sido una coincidencia casi inimaginable que, de entre todos los aventureros que se habían internado en su morada, fuera precisamente esa chica. Los dioses que gobiernan el destino, pensó Seralth, tal vez estaban demasiado aburridos en sus nichos, y había concedido al mundo una nueva oportunidad para destruirse.

Levantó la vista y se encontró con el inmenso disco de la luna llena. El reflejo plateado rieló en sus pupilas y sintió que todo su ser se estremecía de gloria. Y llevado por la emoción, salió disparado hacia las estrellas y ascendió tan alto hasta notar que un aire frío entraba por sus ollares. Dejó de batir sus alas y se dejó caer, mirando al manto cósmico como el rey de la noche entre un mundo escarchado de diamantes.

Rugió con bravura cuando sobrevoló sobre un pueblo. Anunciaba su regreso y el de sus hermanos dragones. Quería quemar las aldeas y sentir el calor de su propio infierno acariciando sus escamas; reír como el demonio que era y odiarse para siempre. Regresó a las nubes y voló entre ellas.

De repente otro rugido igual de siniestro le contestó y Seralth vio emerger a su lado a un dragón de sus mismas proporciones. La criatura se acercó, rauda hacia él. Sus escamas eran de un rojo tan intenso como el fuego, y cada una desprendía una pequeña luz que fácilmente delataba su

presencia en la noche.

—Pensé que era el único que había respondido al llamado, Seralth.

El dragón negro lo examinó por el rabillo del ojo. Su hermano no había cambiado en cien años. Todavía conservaba ese aire maligno y guerrero, esos cuernos sinuosos sobre su cabeza y las docenas de púas óseas que sobresalían de sus hombros y de su espalda. Dentro de su boca vio una larga hilera de colmillos curvos y empapados con la sangre de los mortales. ¿A quién había devorado? Se preguntó Seralth.

—Kilarth… creí que no acudirías al llamado del Señor de los Dragones.

— ¡No te imaginas lo que he visto en sueños, mi buen amigo Seralth! ¡De verdad que he disfrutado mi letargo! ¡Los cataclismos venideros llevarán a este mundo a donde todo comenzó! ¡El ciclo se completará!

—Sí, he visto algo así en mi sueño —Seralth miró hacia abajo. Sobrevolaban una hermosa ciudad que, vista desde las alturas, parecía un regocijante brote de luz.

— ¿Y sabes lo que eso significa, mi buen amigo?

—Que veremos a nuestra Madre: la diosa Itheria.

— ¡Así es! ¡Volveremos a reunirnos con ella!

Kilarth estaba demasiado excitado ante la buena nueva que sus sueños le habían confesado. Voló alrededor de Seralth e hizo graciosas piruetas como si por un momento volviese a ser un niño sin la menor preocupación, sin embargo la maldad en sus ojos nunca desapareció. El dragón sintió esa ansiedad por destruir toda vida existente, de descender a tierra y hundir a todo el continente en un maremoto de fuego.

—Aun no. —Le replicó Seralth. —Tenemos que atender al llamado del Señor de los Dragones. ¿En dónde está Rhosalth?

Kilarth señaló hacia si derecha con un ademan de su cabeza.

Un majestuoso dragón cuyas escamas de zafiro centelleaban bajo la caricia de la luna planeaba libremente lo bastante lejos de ellos. Seralth y Kilarth abandonaron todos sus demás pensamientos y se concentraron en la solemnidad de Rhosalth, la Guardiana de los Mares.

Al verla, Seralth se dio cuenta de que ese momento era real; que dentro de poco se encontrarían con el Señor de los Dragones y se alistarían para cumplir con su propósito en la vida. Y la prueba de eso era que Rhosalth los había encontrado. Sabían que nunca se atrevería a acercarse a ellos,

que desde allí, volando como un espectro fantasmal, los vigilaba para guiarlos hacia el lugar correcto.

Y Rhosalth los había sentido. Sabía en dónde estaban esos dos desde que alzó sus alas hacia el cielo y atravesó los océanos turbulentos. Los contemplaba con un pequeño deje de desprecio, aunque en su mirada celeste estaba claro que anhelaba acompañarlos en su vuelo. Sacudió la cabeza para escapar de esos pensamientos y sus crines alaciadas se agitaron majestuosas a través de la suave brisa de la noche. El zafiro incrustado en su frente centelló y se vio en la distancia, lo cual delató la posición de su cabeza y los otros dragones supieron que estaban siendo observados.

Las nubes debajo de ellos se hicieron más delgadas y llegaron a un punto en el que el cielo estaba totalmente despejado. La tierra quedaba atrás y de pronto un inmenso océano se extendía hacia el horizonte. Era el momento de llamarlos. Rhosalth lanzó un rugido al aire y se detuvo sobre las serenas aguas del mar de Cinolth.

Kilarth y Seralth se acercaron raudos hacia ella.

—Me alegra verlos, hermanos. Nuestro señor se alegrará de saber que respondimos a su llamado. En especial tú, Seralth, que te has mantenido en sueño durante un largo tiempo —miró a Kilarth con un brillo encantador en sus ojos celestes —; por ahora, entremos al palacio subacuático.

Rhosalth batió sus alas y se zambulló a la oscuridad del océano. Seralth fue el siguiente en seguirla y Kilarth se lo pensó dos veces. El fuego nunca se había llevado con el agua.

— ¿No vendrás? —Le preguntó la guardiana. — ¿Le temes al agua?

—Un dragón no le teme a nada. —Gruñó entre dientes y atacó al océano como si fuese su peor enemigo.

Gil descendió de su yegua apenas salir del bosque. El viento silbaba con una melodiosa voz sobre su rostro y arrastraba consigo el aroma del océano y el fragor del romper de las olas en la base del risco. La noche se derramaba sobre el horizonte como un manto negro y una luna plateada en todo su esplendor brillaba sólo para ella, alumbrando sus pasos y la pálida piel de sus manos que sostenían el Grimorio.

Sus mechones negros aleteaban frenéticos sobre su rostro y sentía cada vello de su cuerpo erizarse. El libro la llamaba, intentaba penetrar por su piel y abrirse paso hasta su corazón… y Gil lo sabía. Lo sabía porque

conocía aquél libro tan bien como muy pocos lo hacían.

Las rodillas comenzaron a temblarle al mismo tiempo que sus ojos perdían el color. De pronto ya no era la misma Gil: se había convertido en una anciana demacrada; su piel se había enfrentado a los segundos como si fuese años y años de desconsuelo; de aquellos mechones negros ya sólo quedaba una corona de cabellos níveos que serpenteaban en movimientos fantasmales. La conciencia se escapaba de su mente como la arena que resbala por los dedos, pero aun así, con las últimas fuerzas que le quedaban de su juventud, se acercó al borde del acantilado y se desplomó de rodillas.

El grimorio besó el suelo justo a su lado y, al romperse su contacto, la fuerza que cada página le había robado comenzó a emanar hacia ella. El color regresó a su piel y se volvió tan tersa como la seda, su cascada de cabellos blancos se fundió con las sombras de la noche y cada recuerdo que estuvo al borde del abismo del olvido ocupó su lugar dentro de su cabeza.

Observó al océano oculto por la noche e imaginó el resplandor de sus aguas con el sol del amanecer. Sí, era tan hermoso que parecía una realidad sacada del ensueño. Imaginó el cálido sopló del viento acariciando su rostro, el aroma de la sal inundando sus fosas nasales y los suaves piquetes de la arena arrastrados por la brisa.

Las aguas estaban vivas y cantaban para ella. ¡Estaban muy felices! Y ¿Por qué? Porque Gil iba a devolver el Grimorio al lugar donde había sido creado: El Reino de Atlantia, allá donde la terrible Hydra había encontrado la derrota.

Cerró los ojos y se esforzó por no recordar ese día, pero el tiempo ya se había encardado de tatuar a fuego cada detalle de aquella guerra, cada traición que todos los reinos habían tenido que soportar, las alianzas y treguas, las dudas y las verdades, la muerte y la vida.

Recordó y se encontró de nuevo en el campo de batalla, montada sobre un poderoso dragón plateado protegido con una armadura de diamantes. En su mano izquierda alzaba el imponente Escudo del Mar, y en la derecha empuñaba la Jabalina de los Vientos. Ambas eran armas sagradas; símbolos de la unión de los pueblos, de la magia y de las ganas de vivir. Llegaron arrastrando el infierno sobre una tierra que ardía con el fuego de la maldad, pero también, con la luz de la esperanza. Los guerreros que después serían recordados como héroes dejaban su último aliento a manos de los Trianes, la elite de las fuerzas de la reina enemiga.

Y más allá se extendía el océano infinito, ahora vuelto un mar de cólera que amenazaba con tragarse todo el continente por la eternidad. Y sobre éstas corrompidas aguas había una sola mujer, herida y débil, pero

también valiente y llena de esperanza. Aun cuando las fuerzas del bien habían mermado todo su ejército, aun cuando los reyes legendarios destruirían su territorio y se encargarían de enterrarlo en el olvido, la Reina Hydra sonreía con una valentía que Gil nunca antes había visto en un ser vivo.

Y Gil arrojó el grimorio al mismo mar en el que había salido victoriosa. No se permitió que la última parte de sus recuerdos mancillara su nueva vida. Se acercó gateando al borde del precipicio sólo para ver que el libro se había perdido para siempre, que el océano volvía a reclamarlo como suyo y que lo protegería con su infinito poder de las garras de cualquiera.

Capítulo 4

Capítulo 3: Amigos del pasado

Los cuerpos de los tres dragones rompían la calma de las aguas más profundas y se internaban en un abismo que no parecía tener fondo. Rhosalth iba a la cabeza, tan rápida y elegante como una flecha de hielo. Seralth le seguía y escudriñaba la oscuridad con sospecha, Kilarth nadaba no sin cierta dificultad. El agua creaba pequeños estragos en sus escamas y volvía su rojo sangre de un pálido tono amarillo. Sentía que su poder menguaba por momentos y las gélidas temperaturas comenzaban a volverse un incordio.

—Aquí es. —Les avisó Rhosalth. Abrió el hocico y lanzó un turbulento rayo de hielo sobre el lecho marino. De inmediato se abrió un portal tan brillante como el sol y los tres dragones lo atravesaron.

Del otro lado de la puerta no había una sola gota de agua. Salieron en medio de una enorme galería dentro de la cual los dragones podrían moverse libremente. Las altas y gruesas columnas se alzaban hacia un techo decorado con hermosos mosaicos revelando los distintos escenarios de una las terribles guerras del Etharion, cuando los “Silpheras” irrumpieron por todo el mundo. En contraste, las paredes de la galería contaban historias mucho más solemnes que eran la delicia de cualquier dragón.

Kilarth observó esas imágenes con el pecho lleno de emoción. Sus escamas pálidas volvieron a llenarse de sangre y resplandeció mucho más fiero y rojo que siempre. En aquella pintura el carmesí del sol dominaba la mayor parte. Las amplias praderas se habían convertido en tierra abrasada por el fuego, las cenizas llevadas por el viento creaban magníficas figuras en medio de la noche y las montañas en el horizonte parecían rubíes brillantes. Cientos de dragones de todos los elementos y colores, tamaños y apariencias, volaban hacia una estrella cuya corona era más intensa que la del sol. Abandonaban la tierra muerta y los recuerdos de su pasado para acercarse al pequeño ángel que les llamaba desde su trono.

—Te arrancaré las alas si dañas ese mural —Dijo una voz serena y cautelosa. El dragón regresó al lado de sus hermanos y observaron al pequeño cuerpo encapuchado que aparecía entre la abertura de unas puertas gemelas — ¿En dónde están los demás

—Maestro Loganium —Contestó Rhosalth. —A pesar de su llamado y el mío, nuestros hermanos no se despertaron.

El Señor de los Dragones no había cambiado en lo absoluto. Continuaba siendo ese hombre bajo y rubio, dueño de un rostro apenas adulto en el cual brillaban un par de castos ojos dorados y llenos de poderío.

—Bueno. Con nosotros tres podría bastar. —Dijo al fin y se dirigió a un altar en lo alto de una plataforma.

Éste estaba en una mesa sobre una tarima. Logan subió lentamente los peldaños de piedra y se aposentó al frente de un conjunto en donde afiladas rosas negras, crisoles con la sangre de dragones legendarios, espejos ovalados desde los cuales se miraban otros universos y una multitud de talismanes rebosantes de magia negra y blanca, rendían culto a la diosa de los dragones. En medio de todo esto había un atril de oro esperándolo.

—Seralth. El Grimorio de las Trece Lunas, por favor.

El dragón negro se crispó por unos instantes y permaneció inmóvil.

—Seralth, el grimorio —Repitió Logan. Kilarth y Rhosalth miraron a su hermano y señalaron con la cabeza al Señor de los Dragones.

—Seralth —Volvió a llamar. — ¿Tienes el libro?

La criatura sonrió con una malicia oculta.

—Claro que lo tengo. Aquí está.

—Entrégamelo.

Logan se giró en mismo instante en el que Seralth hinchaba el pecho y soltaba una borrasca de fuego sobre él. Kilarth y Rhosalth retrocedieron un paso, apenas exaltados. Cuando las llamas se extinguieron, el altar no había sufrido un solo daño, y Logan estaba ahí, con un libro entre las manos.

—Una brisa cálida… —Le dijo a Seralth y se giró intacto hacia el altar —Tienes que seguir entrenando, mi buen amigo.

El dragón resopló por los ollares y Kilarth le lanzó lo que parecía ser una carcajada mal disimulada.

El hombre se quitó la capucha del albornoz y dejó que sus encrespados mechones de oro aletearan como si por un momento tuviesen vida. Colocó el grimorio sobre el atril y lo abrió en la primera página sin ninguna dificultad. Las hojas estaban vacías, tal y como él se lo esperaba. Sus ojos dorados se encendieron como dos perlas de oro y recitó aquellas palabras

que tanto sosegaban sus oídos y la de sus dragones.

A través del valle caminamos sin mirar atrás. Allí, donde la oscuridad ha aniquilado todo rastro de luz, donde los jinetes de la justicia encontraron el camino hacia los dioses y abandonaron las tierras de Aridiom, entonamos las fábulas de los grandes dragones y de los viejos elfos. Nuestros corazones viajan sin rumbo entre los recuerdos de horripilantes reinos y tempestuosas victorias. Miramos hacia la bóveda celeste para orar en memoria del fuego, del agua, del aire y de la tierra. Dormimos arrullados por el calor del campo de batalla mientras los ejércitos de la magia marchan hacia la tormenta.

Levantémonos, hermanos. Empúñenos nuestras espadas y acudamos al llamado de nuestra reina. Que la gloria se extienda hasta los confines y el caos cósmico vuelva hacia sus orígenes: nosotros. Interminable es nuestro amor por ti, Reina de los dragones.

Logan terminó sus palabras y cerró los ojos. La galería se sumergió en un silencio abrumador: nada ocurrió.

—No está funcionando, Seralth —Dijo el Señor de los Dragones girándose suavemente hacia él. — ¿Por qué?

— ¿A caso dudas de mí? —La criatura hinchó el pecho lleno de orgullo — ¡He protegido ese libro!

—Tal vez aun no es el momento —Terció Rhosalth.

—Esto es raro —dijo Logan —. Aunque a nosotros nos corresponde cuidar del grimorio, parece que al final de cuentas solamente la reina Hydra puede activarlo. Me preguntó si he cometido un error al creer que podría tomar prestada su magia. ¿Qué opinan ustedes?

—Podría ser que el rey de Afrion sea el culpable —Sugirió Seralth y sus hermanos le miraron con curiosidad —. Ustedes ya saben que antes de que el libro me fuera entregado, el monarca de Afrion lo tuvo en su poder y lo usó para regresarle la vida a su hija. Si él profanó el libro de alguna manera…

—Entiendo —Logan meditó por unos momentos y llegó a la conclusión de que las palabras de su dragón podrían ser ciertas. Bastaba que al grimorio le faltara una sola página para romper el equilibrio de su magia.

—Vayamos a Afrion —Pidió el dragón de fuego —. Si no logramos reactivar los poderes del libro, no seremos capaces de ver a nuestra Madre.

—Todos queremos ver a nuestra creadora —dijo Loganium —. De acuerdo al calendario lunar, en los siguientes días las dimensiones espejo estarán

listas para realizar la transferencia y todos nosotros podremos viajar hacia el Mundo Inicial.

—La Creadora —susurró Rosalth con auténtica añoranza.

—Vayamos a Afrion —Ordenó Logan —Prepárense para volar.

Gil se sentía orgullosa de sus valientes actos. Estaba convencida de que el grimorio permanecería oculto el tiempo suficiente para que la vida de Faria llegase a su fin natural. Lo que pasara después con el mundo no era de su incumbencia. De eso se encargarían los futuros héroes.

El galope del animal se hizo más rápido. Sus fuertes músculos se agitaban debajo de una delgada capa de sudor que se había posado sobre su pelaje blanco. Su aliento cansado resollaba por entre sus ollares y llegó a un punto en el que no podía correr más.

La guerrera escuchó un horrible rugido gutural sobreponiéndose a todo lo demás. Tiró de las riendas con una mueca de esfuerzo y la yegua relinchó hasta que sus cascos se detuvieron sobre el fango. Durante unos segundos no hubo más que el muerto sonido de un bosque taciturno: el chillido de los grillos; el ulular de los búhos y el suave crujido de las ramas agitadas por el viento.

— ¡Sal de inmediato! —Ordenó Gil sobre su yegua. Escrutó la oscuridad en busca de cualquier indicio enemigo. Desenfundó su espada y su rostro se ubicó en una expresión de alerta total, una que no empleaba desde que la guerra terminó. — ¡Aparece ahora mismo, cobarde!

Esta vez no hubo rugido, sino un siniestro ronroneo. Algo se movió entre los arbustos y captó la atención de Gil, pero de inmediato otra criatura agitó un par de hojas secas. Una más hizo que las ramas crujiesen y un nuevo rugido estremeció el aire. Su yegua se revolvió asustada debajo de ella.

—Está bien. Si no vas a salir por tu cuenta, tendré que obligarte. —empuño su espada con ambas manos, la levantó por sobre su cabeza y la agitó con una gran potencia hacia el frente. Su aura se canalizó a través de la hoja del arma y salió disparada de la punta de la espada como un vendaval de energía traslúcida, igual que la terrible exhalación de una tormenta.

Por entre los arbustos apareció un robusto enano embutido en una desvaída armadura plateada con intrincados filigranas en el peto. Gil lo reconoció de inmediato. Esa cabeza calva, esa larga barba blanca y descuidada que le llegaba hasta el pecho, las cejas pronunciada en un

rostro viejo y mal encarado eran rasgos propios de Bhric.

Ambos se vieron las caras en un incómodo silencio. Gil se cruzó de brazos y el anciano se atusó la barba.

—Es raro verte sin tu martillo, Bhric. ¿Qué haces merodeando en este bosque?

—Mis saludos, Gil. —Dijo el enano sin demostrar mucho interés. —No he venido solo.

— ¿Quién te acompaña?

—Yo. —Una melodiosa voz femenina sonó tras ella. Gil la conocía y no tuvo la necesidad de girarse. Se cruzó de brazos y cerrando los ojos bajó la cabeza para meditar con cansancio.

— ¿A qué se debe tu visita, Cyldra?

Cyldra era una joven y preciosa hada cuya apariencia la confundía con una esbelta y frágil chica de no más de dieciséis años. Ella no había cambiado mucho desde su último encuentro, y Gil miró con una pizca de envidia lo bien que se veía: aún conservaba ese cuerpo de curvas perfectas y la piel de porcelana. Alaciados mechones plateados y violetas caían como un manto sobre sus hombros y se alargaban hasta sus pechos escondidos debajo del atrevido escote de un vestido de satén negro. Sus ojos eran preciosas gemas moteadas de un dorado enternecedor, y en conjunción con su nariz pequeña y sus labios rosas creaban un rostro de facciones casi mágicas.

—Qué bueno que te alcanzamos —Mencionó Bhric mientras se atusaba la barba canosa —Ahora tenemos que reunirnos con los demás.

— ¿Los demás? ¿Te refieres a...?

—El Viejo. Sí. A ese mismo. Ha mandado a llamar a todos sus aprendices. Andando.

Capítulo 5

Capítulo 4: Reunión con el rey

Seralth volaba al frente de sus dos hermanos. Estaban tan altos que ningún habitante del Reino de Afrion habría sido capaz de distinguirlos y, además, un espeso manto de nubes de tormenta les ocultaba con complicidad. A su derecha, el dragón Kilarth bostezaba de aburrimiento; a su izquierda, Rhosalth permanecía eternamente en silencio y con sus hermosos ojos puestos al frente y sus crines azules ondeando en el viento.

— Estoy hambriento… —Gruñó Kilarth que había distinguido una ciudad debajo de ellos. —Puedo descender y…

—Te acompañaré, hermano mío. —Rió Seralth con su voz gutural.

—Por favor, contrólense. —Pidió Rhosalth. —Se comportan como unos críos.

—Déjalos ser, Rhosalth. —Pidió el Señor de los Dragones montado sobre Seralth —, no se atreverían a atacar ninguna ciudad. Contengan su hambre —dijo con vehemencia — Hemos venido aquí para hablar con el rey de Afrion y exigirle explicaciones sobre lo que sucede con el libro.

— ¿Crees que hable? —preguntó Kilarth.

—Lo hará —sonrió Logan —, siempre lo hace. No es más que un rey cobarde.

De entre todos los reinos de Artylain, Afrion poseía el castillo más colosal y viejo de todos, el único que había resistido las más feroces tormentas, sequias y toda clase de plagas; que ni una sola roca de sus paredes se había estremecido ante los temblores de la guerra y, aun cuando los grandes dragones del pasado lanzaron sus llamas contra él, sólo consiguieron derribar unas cuantas atalayas.

Sus defensas eran casi impenetrables. Ocho altísimas torres se alzaban como guardianes eternos alrededor del perímetro y, en la punta de sus chapiteles, resplandecían los fulgores perpetuos de los Ojos del Dragón (Joyas carmesíes de belleza y valor incalculable, que contenían una poderosa carga mágica) se rumoraba que, cuando el brillo de las seis torres destellaba al mismo tiempo, un campo de energía tan maligna como poderosa cubriría el castillo, y que ni los mismos dioses del fuego

podrían traspasarlo.

Elvor y Galatea habían gobernado durante los últimos cien años, y se habían valido de las grandes riquezas de sus montañas y minerales preciosos para forjar un reino rico y poderoso, con gran influencia en las decisiones del Consejo Lunar.

Los dragones descendieron en un suave planeo desde las nubes. Sus siluetas recortadas contra el telón de fondo de la noche no eran más siniestras que las altísimas y refinadas torres góticas del castillo, y que se alzaban como jabalinas en amenazas al cielo.

Allá se agazapaba la maldad, Logan la sintió en el sonido del viento que comenzó a soplar en contra de él y sus dragones. Su ondulante melena rubia se revolvía violenta mientras ordenaba a Kilarth y a Rhosalth adelantarse y avisar de su llegada.

— ¡Será un placer despertarlos a todos! —Rió el dragón rojo con una sobrecogedora malicia y se lanzó como una flecha en contra del castillo.

Kilarth dejó escapar un despiadado rugido e intentó estremecer a los guardias que vigilaban en las atalayas acercando todo su cuerpo a ellos, como si pretendiese embestirlos, sin embargo, aún no se había acercado lo suficiente cuando las puntas de los chapiteles centellearon por una fracción de segundo.

Una poderosa explosión de energía invisible explotó cuando Kilarth se estrelló en contra del mítico escudo que protegía al castillo. La fuerza de repulsión fue tal que el poderoso dragón rojo perdió el equilibrio. Todo su ser se estremeció.

— ¡Kilarth! —Gritó Seralth en un rugido abrumador.

— ¡Regresa de inmediato, hermano! —Ordenó Rhosalth.

El dragón rojo aleteó para retomar el vuelo.

— ¡¿Cómo se atreven, miserables?!

Levantó la cabeza hacia la luna, aspiró por los ollares e hinchó el pecho. El fuego comenzó a hervir dentro de su boca, pero en ese momento, Seralth y el Señor de los Dragones se interpusieron entre él y el palacio de Afrion.

— ¡Controla tu ira, dragón! —Ordenó Logan con violencia.

Sus escamas lentamente se fueron apagando. El rugido y las llamas murieron dentro de su boca. Enderezó el hocico y miró con un recóndito

odio al Señor de los Dragones.

Galatea había visto todo el espectáculo desde lo alto de una atalaya. Dentro de su pecho, su corazón latía con una pasión incontrolable. El sudor se perlaba en su frente y sentía sus mejillas arder. ¡Cuánto poder! ¡Cuánta autoridad! ¡Qué hombre tan apasionado era Logan!

Cuando vio que ellos descendían, se lanzó desde la torre, posó momentáneamente los pies en el adarve de la muralla y bajó hasta el puente levadizo. Los guardias se inclinaron en reverencia mientras su señora cruzaba con una elegancia fantasmal la barbacana y salía para recibir a los nuevos invitados.

Seralth posó los pies en el suelo y Logan bajó de él con un salto. Se dirigió a sus tres dragones con mirada de advertencia.

—No podemos llamar la atención. ¿Me entienden?

Las bestias asintieron con pesadez. El dragón Seralth se volvió una densa sombra que se disolvió en un remolino cada vez más pequeño. Los otros dragones le siguieron, cada uno brillante con su color característico de vapores. Kilarth se volvió un soplo de fuego mientras que Rhosalth se convirtió en una espesa y gélida niebla. Los tres dragones habían desaparecido y en su lugar sólo había personas: tres guerreros.

Seralth había adquirido la forma de un poderoso combatiente embutido en una armadura tan negra y pulida como la obsidiana, con una larga melena de cabellos negros bajando por su espalda.

La maldad de Kilarth se había transformado en una beldad increíble. De pronto ya no era un dragón, sino un guerrero con una rebelde cabellera como el fuego. Sus ojos chispeaban como dos brasas dentro de una hoguera y, aunque preciosos, no podían encubrir la crueldad de toda una bestia cuya existencia era sinónimo de caos

Rhosalth era la única que parecía diferente. La magia la había transformado en una mujer tan bella que la misma Galatea sintió una punzada de envidia hacia ella. Contrastando con sus hermanos, no había armadura alguna que protegiese su elegante y exuberante cuerpo. Un hermoso vestido de satén azul celeste se ceñía a su cintura y, como una cascada de agua, se derramaba suavemente hasta la tierra. Una larga corona de cabellos negro azulado caía lacio sobre la piel tornasolada de sus hombros y su pecho, resaltando aún más la belleza que ella lucía con una aparente ingenuidad.

—Le doy la bienvenida, Señor de los Dragones —Dijo Galatea en un intento por captar su atención. Logan se giró hacia ella y asintió con una mirada de desconfianza —. Recibimos su mensaje. Mi esposo está listo

para hablar con usted.

—Gracias. Andando, Seralth. Kilarth y Rhosalth, ustedes se quedan aquí. Vigilen los alrededores.

Cuando el puente levadizo se alzó, Kilarth cayó en el más profundo de los aburrimientos. Le echó un vistazo de soslayo a su hermana, creyendo que tal vez tendría algo importante que decir; sin embargo, Rhosalth estaba eternamente callada e inmóvil mientras observaba con asombro el brillante disco de la luna llena. La luz de plata rielaba en sus pupilas azules y se volvían joyas tan enigmáticas como los profundos mares. Aquello la sumergió en un sopor de ensueño y se sentó sobre un viejo tocón.

El pelirrojo arqueó la ceja un tanto confundido. Le dirigió un vistazo a la luna e intentó ver más allá de lo que sus ojos le mostraban. Sí, era hermosa sin duda alguna, pero… ¿Sólo era eso? Para Kilarth, una luna era sólo una luna. No había nada de especial en ese brillo electrizante que tanto estremecía el corazón de sus hermanos.

La reina Galatea los escoltó a través de extensas galerías cuyas paredes de piedra gris se decoraban con sangrientos murales. Cada imagen contaba una escena heroica de aquellos guerreros que habían dado hasta el último aliento en las batallas contra la amenaza de la reina Hydra (La única guerra que logró unir a todo Artylain en un objetivo en común)

Seralth los observaba con cierto interés, prestando especial atención a las siluetas de los dragones negros que sobrevolaban los valles e incendiaban bosques enteros. Los recuerdos de la lucha vinieron a su mente con tanta rapidez que tuvo que detenerse para revivir cada imagen a la perfección: sus hermanos extendían sus alas fibrosas mientras rasgaban el cielo del crepúsculo. Los montes se habían vuelto alfombras de brasas, y más allá de los picos de las montañas, el sol refulgía con sus últimos destellos y alimentaba el corazón de los dragones.

Recordó los rugidos retumbando entre las nubes y sembrando el terror en cada criatura que tuviese la desdicha de escucharlo. Eran los guardianes de la noche, los seres más poderosos que reinaban allá en los cielos donde ningún otro ser había reinado. Y todos… todos ellos bajo el mando de una sola persona: Logan.

—No te quedes quieto, dragón —Le llamó su señor. —Andando.

Seralth le miró con desdén y siguió con su lento caminar.

Una galería tras otra precedía la fama de que el castillo de Afrion era la estructura más grande de todas sus símiles, pero lo que tenía de grandeza lo perdía en elegancia. Salvo esos murales; las armaduras perfectamente pulidas, las estatuillas de oro negro y algunos raídos banderines, ninguna otra cosa reflejaba la riqueza con la que los nobles deberían contar.

—Hemos llegado. —Avisó Galatea, sacando a Logan de sus pensamientos. De pronto estaban al final de la última galería, parados al frente de un par de gruesas puertas gemelas cuya altura alcanzaba el techo. Su superficie estaba decorada con complicadas filigranas mágicas y runas de un lenguaje tan antiguo como las mismas tierras. Ni siquiera Logan podía entenderlos.

La reina puso las manos sobre las puertas, cerró los ojos y juntó su frente sobre la fría superficie del metal. Logan escuchó que recitaba unas palabras en voz baja, y tan rápidas que fue incapaz de entenderlas. De inmediato, las filigranas mágicas se movieron como si fuesen criaturas conscientes, permitiendo que la magia activase los seguros que mantenían las puertas cerradas. El chirrido del metal oxidado rompió con todo el silencio mientras las puertas se abrían de par en par hacia el interior del salón del trono.

—Bienvenido —le recibió la voz de Elvor y Logan se quedó, durante unos segundos, estupefacto.

*****

¡Hola! Gracias a los que se tomaron el tiempo de soportar estos 4 capítulos que son los primeros de ésta historia, llena que magia, misterios y conspiraciones entre dos mundos que intentarán sobrevivir pese a las adversidades que puedan caer sobre ellos.

Espero que les haya gustado, y siéntanse libres de comentar qué les ha parecido ^^ nos veremos pronto.

Capítulo 6

Capítulo 5: El secuestro de un hermano

El rey llevaba una armadura negra y robusta; como un exoesqueleto muy ornamentado que no dejaba, además de su rostro, espacio alguno para contemplar su cuerpo. ¿Qué demonios le había ocurrido? Se parecía a los antiguos señores de la guerra que habían llegado junto con las hordas de la oscuridad, hacia tantos años.

—Un accidente me tiene confinado a esta armadura —su voz era rasposa y las facciones de su rostro lo mostraban como un anciano. Galatea y él ya no hacían una pareja joven y bella.

—Fue un fracaso rotundo —añadió la reina con los brazos cruzados y el ceño fruncido —, y yo creo que se merece lo que le ha pasado.

—Vete —pidió Elvor y la mujer le dedicó una mirada de odio. Después se dio media vuelta y abandonó el salón — ¿Qué te trae por aquí, Logan?

—He venido por una sencilla razón: el grimorio que te presté hace muchos años no funciona. Tú fuiste el único que lo usó.

La mirada de Elvor se contrajo por el miedo.

— ¿Qué? ¿Qué quieres decir con que no funciona?

Logan interpretó ese tono nervioso como una señal de que había dado en el clavo con sus sospechas. Dio un paso al frente y Elvor retrocedió, asustado.

—Justamente eso. El Grimorio es un artefacto mágico y delicado. Si le hiciste algo…

— ¡No he hecho nada! —gritó y su voz hizo eco en las paredes.

Seralth rió para sus adentros y observó todo desde su distancia.

—Usaste el grimorio para revivir a tu hija —farfulló Logan y su poder cambió la presión del aire. Elvor volvió a retroceder y buscó a tientas la espada que tenía en la cintura. Cuando Seralth vio aquel movimiento, rápidamente desenvainó su daga.

Logan saltó hacia atrás, evitando un corte del rey Elvor. Los ojos del rubio brillaban y con un movimiento de la mano detuvo a Seralth, quien estaba

listo para atacar.

— ¿Así que esta es tu forma de arreglar las cosas? —sonrió Logan y toda la maldad de los dragones reverberó en sus ojos —bien, entonces complaceré tus ansias de morir…

Y de pronto, todo el castillo tembló como si la estructura entera hubiese cobrado vida. Las alarmas se encendieron por todos lados. Ocurrió un sonido atronador y abisal, un eco de los mil demonios que hizo estremecer las gruesas columnas del salón del trono. El mismo Elvor se giró solemne hacia la puerta de acceso. Pero fue Logan quien lo comprendió: ¡El rugido de un dragón!

"Momentos antes"

—Tenemos compañía, Kilarth.

—Cuatro escuadrones de doce guerreros —Advirtió Kilarth quien estaba más concentrado en masticar el tallo de una ramita.

Cuarenta y ocho mortales armados con espadas oxidadas y armaduras tan blandas como hojas no le quitarían ni un ápice de aburrimiento. Jugar con ellos era exactamente igual a quitarse los mosquitos que intentaban posarse sobre la piel de sus brazos.

Pero Rhosalth no quería que la reunión de su señor se viera interrumpida por ellos. Escrutó la oscuridad con sus ojos de dragón. Podía distinguir claramente las siluetas de los guerreros ocultando los espacios entre los troncos de los árboles. Escuchaba los jadeos de su respiración y el tintineo de sus armaduras mientras avanzaban hacia ellos con cautela.

—Salgan de allí —Les ordenó con severidad. Aguardó cuestión de segundos y de pronto, dos siluetas fantasmales saltaron hacia ella.

Rhosalth los esquivó con un movimiento tan rápido que hizo rugir el aire. Reapareció en otro punto, lejos de sus atacantes. Los otros doce guerreros salieron de la oscuridad del bosque. Portaban armaduras pesadas, sucias y negras. Llevaban espadas enfundadas al cinto; dagas y pequeñas granadas explosivas.

Pero hubo algo más que llamó la atención de Rhosalth. Al estudiar el rostro de los guerreros se fijó que no eran personas comunes. Ese color cenizo de su piel, sus mechones largos, nacarados y el color azafrán de sus ojos sólo podía pertenecer a una raza: ¡Los dökkálfar! ¡Elfos oscuros!

Corrieron hacia la dragona, levantando sus orondas espadas y lanzando gritos de batalla. Rhosalth se vio rodeada de inmediato y sin ninguna posibilidad de escapatoria. La mujer arremetió contra los que venían al

frente. La piel nacarada de su cuerpo se llenó de escamas de acero y se abrió paso entre el tropel de soldados, cuyas espadas rebotaban sobre su piel endurecida. Agitó los brazos hasta arrancar dos espadas de las muñecas de un enorme dökkálfar.

La mirada de Rhosalth estaba encendida de furia. Asió las dos espadas, una en cada mano. Movió los brazos con suavidad, inclinó el cuerpo hacia el frente y adoptó una pose ofensiva.

— ¡Prepárense!

Kilarth continuaba recostado sobre los pastizales. No prestaba la menor atención al escándalo que florecía a su alrededor. Eran para él ruidos molestos que no merecían siquiera una pizca de preocupación. Ocho Dökkálfar corretearon hacia él, rodeándolo por todos los flancos.

—Inútiles… —Murmuró con desidia y de pronto, un par de aros de fuego se extendieron a su alrededor, incinerando los herbazales y volviendo cenizas al pequeño grupo de enemigos.

Suspiró y giró la cabeza hacia su hermana. ¿A caso los elfos oscuros sabían a quienes se estaban enfrentando?

— ¿No se te está pasando algo, hermana?

— ¿Qué? —Preguntó la mujer, desencajando una espada del estómago de un elfo. — ¿De qué hablas?

—Mira hacia el castillo.

Un frío temblor reptó por la espalda de Rhosalth. ¡Estaba tan entusiasmada con un poco de ejercicio que olvidó a los restantes invasores! Los enemigos se habían abierto paso por el bosque y se acercaban a la muralla que cercaba el castillo.

Rhosalth soltó una maldición en voz alta. Se abrió paso entre los dökkálfar restantes, agitando sus espadas de un lado hacia otro con tanta agilidad que lograba partir a los hombres en dos antes de que éstos pudiesen escapar.

Las alarmas del castillo comenzaron a ulular. El rastrillo, una pesada puerta de metal con púas en la parte inferior, se retrajo hacia arriba y de allí brotó una tropa de caballeros embutidos en robustas armaduras plateadas. Desenfundaron sus espadas con un movimiento sincronizado y arremetieron en contra de los intrusos.

Una docena de arqueros se formó en línea sobre el adarve y apuntaron

con sus arcos y flechas al creciente grupo de elfos.

El aroma de la sangre llegó hasta las fosas nasales de Kilarth. La situación parecía salirse de control. Suspiró de resignación y se irguió en todo su poder. Sólo una pregunta le venía a la cabeza: ¿Qué había pasado con la supuesta barrera impenetrable que protegía al castillo? ¿A caso alguien había roto su delicado equilibrio?

Seis dökkálfar le rodearon pero se abstuvieron de un ataque directo. Lanzaron sus espadas contra él, pero Kilarth endureció su piel con más solidez que el acero. Las puntas de las armas rebotaron sobre su cuerpo con un estridente eco metálico. Extendió los brazos en llamas a sus costados y luego los cerró frente a él como un par de pinzas. Enseguida se extendió una onda de choque que derribó a los hombres y les quemó la mayor parte del cuerpo.

Se movió justo en el instante en que la flecha de un arpón se clavaba a escasos pasos de él.

— ¿Qué demonios ha sido eso?

Siguió la línea de tiro hacia el cielo. No muy lejos de él sobrevolaba un globo aerostático. De pronto, una figura saltó desde la canasta y aterrizó elegantemente junto al arpón. Kilarth estudió al nuevo enemigo. Se trataba de una mujer, una guerrera alta y envuelta en una armadura extraña de aspecto solemne y siniestro a la vez. Si él no se equivocaba, el peto había sido forjado con un metal recóndito que sólo se encontraba en las infernales tierras de cierto “continente muerto”.

En su brazo derecho portaba un enorme escudo negro, metálico y brillante. Kilarth reconoció de inmediato el material con el que había sido forjado. La piel se le erizó.

En la mano derecha empuñaba una especie de mezcla de espada y jabalina, cuya longitud sólo hacía posible sostenerla a la mitad del mango y dejaba un gran tramo señalando hacia atrás. La hoja del arma era una pieza de metal con aspecto cruel y mortífero, pues estaba ribeteada con dientes curvos y afilados.

—Tú eres… —Murmuró el dragón, manteniendo la distancia con la guerrera.

—Imperia. Imperia, la cazadragones. —La mujer se movió como un rayo sin darle tiempo a Kilarth de parpadear. Apareció al lado del dragón, le puso la mano en el pecho y le susurró al oído. —He venido por tu ti, dragón rojo.

Una explosión de poder espiritual sacudió a Kilarth y lo lanzó a una docena de metros en la dirección opuesta. El dragón no comprendía cómo un mortal se hubiese atrevido a cometer semejante osadía. Ejecutó un giro en el aire y aterrizó barriendo la tierra con sus talones. Irguió la espalda y miró a Imperia con una furia silenciosa.

¡Debería estar asustada! ¡Debería saber que provocar a un dragón era asegurarse una muerte cruel y lenta! Pero por sobre todas estas cosas, había un pensamiento que le sacaba de las casillas: ¿Cómo sabía Imperia que él era un dragón?

Cada fibra de su cuerpo exigía tomar la vida de la mujer, descuartizarla en ese mismo campo de batalla e incinerar sus restos hasta no dejar ni las cenizas.

—Anda —Le alentó Imperia con una sonrisa duelista — ¿Qué esperas? Recupera tu forma, dragón.

El hombre apretó la quijada y a su alrededor aparecieron danzantes fantasmas de fuego. Su rostro, contraído por la furia, comenzó a regresar a su forma original. La piel se le llenó de escamas, sus dientes se transformaron en punzantes colmillos y un remolino de vapores ardientes lo envolvió como en una crisálida.

Rosalth sintió que el poder de su hermano le golpeaba como una cuchilla por la espalda. Giró sobre sus talones, partiendo a dos elfos por la mitad. Primero se fijó en Kilarth, y después en la mujer que estaba frente a él. El miedo se le introdujo en el alma, soltó las espadas y corrió hacia él.

— ¡No! ¡Detente, Kilarth!

Un maremoto de olas de fuego se extendió por todo el herbazal, acabando con la vida de los elfos y de los caballeros. Rhosalth se cubrió con un campo de fuerza y desvió las llamas. Lo siguiente que escuchó fue el horrible rugido del dragón rojo. Un bramido que recordaba al dolor, al sufrimiento y a la corrupción de un alma.

Logan y Seralth llegaron a las afueras del castillo. El campo de batalla estaba totalmente en cenizas. Los cuerpos del enemigo apenas eran reconocibles. Girones de humo ascendían al cielo. Olía a carne quemada. No había rastro de Kilarth, ni de Imperia.

Rhosalth apareció entre las llamas del bosque, envuelta en su campo de fuerza y corrió hacia su Señor. Se arrodilló apenas llegar frente a él.

— ¿Qué ha pasado? ¿En dónde está Kilarth?

—Imperia —Dijo la mujer —Imperia, la cazadora de dragones comandaba al ejército de dökkálfar. Mi hermano se enfrentó a ella usando su forma original. No sé muy bien lo que ocurrió. De pronto sólo hubo fuego. Casi no pude ver. Lo último que recuerdo fue que Imperia había atacado a Kilarth y hubo un destello gigantesco que le arrancó ese pedazo al castillo.

Seralth y Logan miraron hacia el palacio de Elvor. ¡Era cierto! ¡Una gran parte del castillo había sido golpeada por algo gigantesco!

—Y al final… al final apareció una dragona blanca. Creo que era esa misma mujer. Se llevó a Kilarth.

— ¿Hacia dónde? —inquirió Seralth, apretando los puños.

—Hacia el norte.

El caballero miró a Logan y éste asintió.

Seralth se internó en el bosque. Un poder abisal derribó los árboles mientras un torbellino de energía oscura se tragaba las llamas. Luego, un rugido ensordecedor estremeció la tierra y un dragón negro alzaba el vuelo raudo hacia el norte.

— ¿Imperia? —Cuestionó Logan, tendiéndole una mano a la bella mujer.

Rhosalth se puso en pie y se sentó sobre una roca plana, en medio de las cenizas. Tenía la mirada vacía y arrepentida, pues se culpaba por lo que había ocurrido con Kilarth. Si tan sólo ella hubiese reaccionado antes, si tan sólo hubiese corrido en su ayuda…

—Estoy segura… —Dijo, mirando hacia lo que quedaba de la luna, pues el humo cubría el cielo —Estoy segura de que ese dragón blanco era Imperia. ¿Qué piensa usted?

Logan guardó silencio y miró hacia el castillo. La cuarta parte se había venido abajo.

—Es posible. No todos los dragones están bajo mi mando. ¿Dices que era blanco?

—Sí. Blanco, con crines como las mías.

Logan admiró la luna.

—Los dragones blancos eran leales a Lady Zaphira. La antigua Señora de los Dragones.

— ¿La que fue asesinada por nuestro antiguo Señor?

—Lord Arcanus. Sí. Hace tiempo vi con mis propios ojos la traición de Arcanus. —Logan apretó los puños —. Vi cuando la arrojaba a la corriente de Sombras. Eso lo convertía a él en su sucesor; y mientras Zaphira trataba de escapar… los blancos se revelaron y nos atacaron. Arcanus dio su primera orden: exterminar a nuestros propios hermanos rebeldes.

Rhosalth bajó la mirada, triste y abatida al pensar que un dragón pudiese traicionar a su Señor.

—Regresa a tu forma natural —Le pidió a Rhosalth —Vamos a seguir a Seralth.

En ese momento el rey Elvor apareció, mirando con asombro la devastación de sus campos. Logan percibió su presencia y giró rápidamente sobre sus talones para encajarle una patada en el torso. El hombre cayó y el peso de su armadura le impidió levantarse.

— ¿Tienes algo que ver con esto, Elvor? —le preguntó en un tono beligerante.

—No… —siseó el rey y cuando trató de levantarse, Logan puso un pie sobre su pecho.

—Te mataré en un abrir y cerrar de ojos, asqueroso cobarde. No hemos terminado con lo nuestro. Volveré.

Miró a Rosalth.

— Has dicho al norte ¿Verdad? Sigamos a Seralth. Siento lástima por esa pobre dragona blanca.

Y el bosque se llenó del místico poder de la Guardiana de los Mares. Una tromba de viento arrancó el campo de cenizas en el que se habían convertido los extensos prados y los ajados árboles. Y ahí, donde el fuego de Kilarth se había derramado, la vida floreció a través de la magia del dragón.

Rhosalth lanzó un poderoso rugido que traspasó los más gruesos muros del castillo; un rugido atiborrado de la imperiosa necesidad de cazar a quien se había llevado a su hermano rojo. Señor y bestia se lanzaron hacia el firmamento de la noche, volando raudos hacia donde la madre luna les guiaba y dejando atrás un mundo al que ninguno de los dos pertenecía. Bajó la vista hacia su dragón que batía las alas y atravesaba el

viento. El mundo diminuto de los mortales se extendía como un manto lleno de vida a sus pies, y ahí, no había lugar para alguien como él.

Pero observó hacia el frente. Allá donde la luna reinaba en la media noche, y donde las estrellas le rendían fiel culto; allá, en donde las montañas se recortaban majestuosas contra el telón de la penumbra señalando hacia el infinito horizonte.

Allá estaba su lugar, siempre donde el sol se asomaba en cada alba desde el inicio de los tiempos. Nada lo detendría y nada le impediría alcanzar la dicha de, por primera vez, tocar al sol.

Infló el pecho y gritó con orgullo.

— ¡¡Adelante!!

Y Rhosalth rugió, poderosa, viva y majestuosa.

****

Bien, ese ha sido el quinto capítulo de la serie. Poco a poco la historia comienza a avanzar ¿Qué les ha parecido? ¿Creen que puedan recuperar al dragón secuestrado? gracias por tomarse el tiempo de leer :)